

Brian R. HAMNETT: *Roots of Insurgency. Mexican Regions, 1750-1824*, Cambridge, Cambridge University Press, Cambridge Latin American Studies, núm. 59, 1986.

Nos hemos preguntado una y otra vez a lo largo de la historia por qué se desarrollan los pueblos de maneras distintas, por qué en unos hay rebeliones y guerra civil, y por qué en otros la experiencia política encuentra otros cauces para su expresión.

Un estudio de la historia de Estados Unidos se plantea este enigma al empezar su análisis del desarrollo de las colonias británicas de Norteamérica. Compara el tipo de protestas gubernamentales y desobediencia civil en el norte con la misma actividad, o la falta de ella, en América Latina. Encuentra varias explicaciones para entender por qué la Corona española no perdió sus colonias durante 300 años, a pesar de sus dificultades organizativas, las distancias, el transporte y la inmensidad de su imperio. Recuerda que, en contraste con las colonias británicas, la burocracia española en el Nuevo Mundo debía su nombramiento y su sueldo a la Corona, que sus intereses políticos y sociales se encontraban en Europa, no aquí, donde muchos estaban únicamente de paso, con residencia temporal, o por lo menos con el deseo de que lo fuera, para poder regresar a la Madre Patria. Era precisamente esta identificación con lo europeo lo que distinguía al burócrata de los súbditos autóctonos y les daba su lugar de preeminencia dentro de la sociedad. Por otro lado, no hubo ninguna tradición parlamentaria independiente en las colonias españolas como muy tempranamente la hubo en las colonias británicas. El autogobierno pronto se hizo costumbre en el norte, pero no en el sur. Hubo otros muchos factores que también contribuyeron a que la independencia de Estados Unidos desembocara en un proceso muy distinto del que se seguiría en los países hispanoamericanos.

Uno de estos factores, que conforma el tema central del libro de Hamnett, es el de las rebeliones. Es cierto que no hubo una oposición organizada contra la Corona, pero la independencia fue resultado de problemas más amplios que la corrupción, el mal gobierno, o aspiraciones democráticas, como apunta Bernard Bailyn en su hermosa introducción a *The Great Republic*. Tensiones locales, el resultado de malas cosechas, hambrunas, el repartimiento, conflictos agrarios, o la reducción de antiguos privilegios en las provincias desempeñaron un papel poco estudiado. La larga permanencia que habían alcanzado estas quejas, antes y después de la guerra, ha llamado poco la atención de los analistas de nuestro pasado.

Brian Hamnett, como extranjero, no tiene la desventaja de haber aprendido, de manera mecánica, la importancia de fechas conmemo-

rativas en el calendario patriótico actual, de modo que pudo ver con gran serenidad, y como un periodo con su propio sentido histórico, los años de 1750 a 1824, es decir, desde antes de la expulsión de los jesuitas hasta después de la guerra de independencia. Pero estos años no conforman unos límites rígidos, al contrario, no son más que marcadores en un largo camino, colocados para que no nos extraviemos al andar.

El autor básicamente describe la condición de la Nueva España antes del grito de Dolores, para preguntarse después de qué manera los pleitos, revueltas, tensiones, odios, envidias, hambrunas, epidemias y otros desastres disponían a la gente a seguir a Hidalgo o a otros caudillos, para finalmente darse cuenta de que se encontraban dentro de un movimiento insurgente. Es especialmente importante este enfoque porque toma en cuenta la situación de las provincias, sobre todo Puebla, Guadalajara, Michoacán y Guanajuato, que fueron sede de la acción bélica más violenta y prolongada. Estamos tan acostumbrados a oír que Hidalgo dio el grito de Dolores que difícilmente preguntamos por qué lo hizo, o por qué encontró quien le escuchara. A qué necesidades respondía este grito tan famoso, por qué era la respuesta a las aspiraciones frustradas de pueblos, comunidades o grupos de presión, por qué ofrecía una opción a la estructura política económica del viejo régimen.

La importancia de *Roots of Insurgency* para el estudioso interesado en el siglo XIX radica en la explicación del porqué de la gran inestabilidad política que siguió a la guerra de independencia. Si se considera, como lo hace Hamnett, que la guerra no hizo, en muchas ocasiones, más que exacerbar conflictos anteriores o distraer la atención de ellos para posteriormente dejarlos peores, entonces se comprende a la insurgencia como la consolidación de un ambiente impregnado de condiciones intolerables, no como la culminación de un proceso de oposición política.

Hamnett identifica varios problemas, como los abusos administrativos o presiones fiscales, cuya continuada presencia, sin manera de corregirlos, explica lo atractivo del movimiento insurgente en muchas partes de la provincia. Insiste a lo largo del libro que las rebeliones en contra de funcionarios a nivel local nunca involucraron sentimientos de deslealtad al rey, al contrario, siempre éste fue visto como una figura paternalista que remediaría todos los males si sólo tuviera conocimiento de ellos. Con enorme erudición Hamnett compara ejemplos de fenómenos semejantes con otros periodos y otros países, a veces lleva su relato hasta el siglo XX, a veces remonta hasta épocas antiguas. Toma en cuenta las diferencias regionales de la Nueva España, considera la influencia cultural, lingüística y geográfica. Las relaciones geográficas resaltan de manera especial en esta obra, tal vez en parte por

tener de auditorio a europeos con pocos conocimientos de la República Mexicana. Hamnett ubica con cuidado las distintas regiones del país, sobre todo al discutir la guerra misma, cuando la proximidad o lejanía de una zona explicaba la estrategia militar a seguir.

La primera parte del libro reúne los testimonios más valientes y tal vez los menos conocidos. En la introducción hace una revisión historiográfica muy detallada de los estudios ya hechos sobre el tema de la insurgencia, tanto en su desenvolvimiento en México como en su marco teórico dentro de la experiencia humana universal. Al abrir el telón en el primer capítulo Hamnett pasa revista a muchos conceptos acerca de acontecimientos de la guerra, recordando al lector especializado las condiciones de distintas partes del país al comenzar el movimiento. No olvida la sorpresa que dicho levantamiento causó, sobre todo entre los militares, poco preparados para enfrentarse a la falta de tranquilidad pública.

Las tensiones locales son descritas en el primer capítulo caso por caso, hasta crear un panorama general de incidentes y resentimientos que seguramente eran compartidos por una gran parte del país. Eran conflictos que obviamente tenían ya para principios del siglo XIX una larga historia. El odio hacia los pequeños comerciantes españoles podría ser un ejemplo. No fue un odio creado en un día, sino ganado a pulso tras décadas de comprar barato y vender caro. El mismo odio hacia los funcionarios o mercaderes involucrados en el repartimiento sería otro ejemplo por el estilo. Fue precisamente en los años anteriores a la guerra cuando la red de relaciones comerciales se expandió y se consolidó de una manera espectacular. El recelo hacia los intermediarios, hombres clave en un sistema comercial de esa naturaleza, aumentaba a la par con su influencia. A medida que crecían las deudas, crecía la animadversión contra de los que más se aprovechaban del sistema.

Un tema que para otra época ha recibido la atención del historiador Paul Vanderwood, la policía y los bandidos, también figura entre los varios estudiados por Hamnett. Las malas condiciones en el campo, tanto de cosechas fallidas como de la pérdida de privilegios o derechos antiguos, arrinconaban a los campesinos a formar grupos de forajidos, quienes con gusto trabajaban para los insurgentes o para los realistas. Son grupos que existían antes del conflicto, y después en número siempre creciente hasta enfrentarse con los rurales de Porfirio Díaz ya avanzado el siglo XIX. Correlaciona con cuidado el autor las regiones donde la actividad de las gavillas era endémica antes de 1810 con los lugares donde hubo más actividad insurgente después del grito de Dolores.

Hamnett identifica las razones por las cuales la insurgencia fue una opción atractiva para grupos como lo peones, los rancheros, los habitantes de ciertas zonas del país. Trata de contestar la difícil pregunta

de por qué se levantaron en armas, cuando aparentemente un movimiento armado de este tipo no tendría éxito, ya que nunca lo había tenido antes. Insiste mucho en que la raíz del movimiento se localiza en cambios locales que afectaban la tenencia de la tierra, el repartimiento de mano de obra, el uso del agua y del suelo, agravado por el fracaso de cosechas y años de hambruna. Conflictos interminables de décadas se volvieron insoportables debido a otros agravantes.

Sin embargo, el autor tiene la virtud de no perder el bosque por ver los árboles. A pesar de la presencia continua de rebeliones y revueltas, confirma lo que ya sabíamos de la lealtad hacia la figura del rey y la ausencia de un deseo de independizarse de la metrópoli. En realidad, éste surgió muy tardíamente.

El equilibrio del libro, el recuerdo constante de la verdadera dimensión de los problemas que describe, ayuda al lector a evaluar y a repensar todo el proceso independentista en la Nueva España. Provee una perspectiva más fundamentada para nuestras reflexiones acerca del siglo XIX posterior a la separación de España.

Con razón tuvo la naciente república semejante cantidad de problemas. La guerra no resolvió casi ninguno y creó muchos otros. Les tocó a los políticos y militares de la era independiente resolver conflictos centenarios, complicados por los pocos recursos del país después de la guerra. Cambios en la población, cambios en la forma de pagar a los mineros, la influencia de malas cosechas en ciertas localidades, todo eso y más conforma la base sobre la cual llega a sus conclusiones el autor inglés.

Su documentación es asombrosa, como lo es su manejo de las fuentes secundarias. La primera parte del libro presenta una hipótesis y lo apoya más allá de cualquier duda con un trabajo minucioso, responsable, lógico, organizado. La segunda parte la encuentro menos atractiva. El examen detallado de los aspectos militares de la insurgencia y de la base de apoyo de los distintos caudillos contiene información que se encuentra en otras partes. Se desvía mucho del argumento del libro, es decir, que hubo muchas condiciones anteriores a la guerra que propiciaban su comienzo, que la guerra no fue más que un incidente dentro de un proceso histórico mucho más largo.

Los conflictos no resueltos, catalizadores de los innumerables pronunciamientos y rebeliones del siglo XIX, son el tema de las últimas reflexiones del autor. El libro termina abruptamente con una observación acerca de la Ley Lerdo, dejando al lector con ganas de escuchar la frase que podría reunir tanta sabiduría e información en una última gran síntesis. Pero Hamnett nunca nos dice por qué en la Nueva España de repente todos los conflictos con sus raíces tan profundas pudieron conjugarse para producir el momento adecuado e incendiar la mecha de la revolución. Faltaron realmente las conclusiones. Después

de un brillante estudio faltó el análisis final que todos esperamos, la respuesta al porqué final. Pero Hamnett nos ha dado muchas pistas en su libro; toca a cada lector juntar los pedazos del rompecabezas y tratar de hacer sentido de la conducta humana, de sus reacciones, de su paciencia y de su sufrimiento. Su gran mérito estriba en colocar la guerra de independencia en una perspectiva de continuidad para ayudarnos a comprenderla como *parte* de una historia, no como un *acontecimiento* histórico aislado de su contexto, de sus raíces, y de su propia historia.

ANNE STAPLES

Juan Manuel RAMÍREZ, *El movimiento urbano popular en México*, Siglo XXI Editores, México, 1986.

El fenómeno de la migración del campo a la ciudad, la urbanización resultante y la creación de organizaciones sociales por parte de los pobladores de las ciudades marginales constituye desde hace ya varias décadas un proceso cuyas implicaciones políticas son aparentemente disruptoras de la estabilidad del orden institucional de los grupos dominantes. No obstante, en una serie de trabajos publicados en los años sesenta y setenta, en particular por Alejandro Portes (1976), Larisa Lomnitz (1978), Jorge Montaña (1976), Daniel Goldrich (1966), Susan Eckstein (1977), Wayne Cornelius (1975) y especialmente en el trabajo de Joan Nelson (1969) se ha cuestionado frontalmente la hipótesis del carácter subversivo que la presencia de los migrantes urbanos pueda tener para el orden establecido. Al contrario, la observación participante, las entrevistas en profundidad con informantes calificados, la realización de encuestas, han revelado que el riesgo político disminuye pronunciadamente en la medida en que es en la ciudad marginal donde se generan los procesos de socialización política, los cuales tienden a expresar las necesidades de los pobladores en materia de servicios públicos (agua, luz, salud, vigilancia policial) y no proyectos de transformación social. Se desarrollan sistemas de clientelismo referidos al entorno en el cual está situada la ciudad marginal. Por lo ello, al menos en la versión de algunos de los estudios mencionados, puede concluirse que la política en los barrios urbanos populares tiene un carácter marcadamente territorial. Además, es posible destacar que los migrantes, tanto en Lima, como en Santiago o en la ciudad de México, tienden a integrarse políticamente y no son para nada marginados políticos. El descontento que